

Serendipidad en los anaqueles

por Juan María Solare

Como en la fábula del pastor y el lobo, tanto se ha abusado del recurso literario del *manuscrito encontrado* que ya carece de credibilidad. Sin embargo, en este caso es verdad. Ordenando mis papeles encontré, en un libro olvidable, una página escrita por mí y fechada en Bremen el 17 de octubre de 1997, sin título, pero que habla de la esencialidad del hallazgo inesperado en las bibliotecas. Además de delatar la escasa frecuencia con la que ordeno mis cosas, este breve texto no tiene acaso más valor que el testimonial: aquella fue mi primera visita a la ciudad de Bremen, con la que actualmente tengo mucha relación. Ocho años después paso a transcribir el texto sin mayores correcciones, agregando sucintos comentarios como nota al pie. El manuscrito termina algo abruptamente: se ve que ya no tenía nada más que decir y afortunadamente me dí cuenta. (Colonia, 24 de septiembre de 2005)

Bremen, 17.10.97

Una lástima, no tener acceso a las estanterías. Una lástima que en las bibliotecas, por cuestiones de practicidad, de organización del personal y de eficacia (ergo inobjectables), se esté imponiendo el sistema de pedir los libros por fichero, sin tener acceso a los anaqueles. Además de que parte de la base -irreal, por cierto- de que ya se conoce el título del libro que se busca. Ni aún en los sistemas de búsqueda informática más complejos puede hallarse -aún- un libro por tema; excepto en términos demasiado amplios [1]. Ni qué hablar de las antologías o las compilaciones de escritos misceláneos de autores diversos, o los catálogos, o los programas de concierto donde puede haber una idea brillante o una pista cuyo autor no reutilizó: en general no aparecen fichas temáticas. Para colmo, suele haber dos ficheros complementarios: el informatizado y el de fichas de papel (para ahorrarse el trabajo de transcribir millones de fichas), lo cual obliga a buscar la misma cosa dos veces.

Además de ser uno de los placeres de la vida (placer macabro, eso sí, porque nos enfrenta cara a cara con la muerte, con la conciencia del límite [2]), pasearse por entre los laberintos de una biblioteca [3] (pública o la de un amigo), tiene un aspecto práctico para un investigador: poder descubrir casualmente un texto cuya misma existencia ni sospechábamos. Y que puede resultar capital para nuestro estudio.

En inglés se llama *serendipity* a la facultad de efectuar hallazgos felices. A falta de palabra mejor (y dadas sus evidentes raíces latinas [4]) se propone por sí sola su equivalente, *serendipidad*.

Algo comparable ocurre en la internet [5], con la diferencia que (además de aparecer infinita basura si no se sabe buscar) parece que está todo, hasta que se busca lo que realmente se necesita.

* JMS*

¹ Este tipo de aseveraciones aventuradas corren el riesgo de quedar obsoletas muy rápido; sin embargo señala una carencia real. Al menos mostré cierta prudencia con el "aún" salvífico.

² Simpática aunque algo melodramática es esta contraposición de los términos "*vida*" y "*macabro*". "*La conciencia del límite*" es una frase lograda, aunque ajena: pertenece a Javier Adúriz. La idea, aquí, es que al ver tantos libros que uno jamás *podrá* leer se acentúa la propia cortedad. También podría formularse el reverso de este pensamiento, porque existen infinitos libros que uno *no necesita* leer.

³ Tal vez algún día pueda disimular un poco más la influencia borgesiana.

⁴ Esto de las raíces latinas es otra conclusión precipitada. La etimología de *serendipity* nos lleva a Oriente y a una bonita fábula. "Serendip" era un antiguo nombre de la actual Sri Lanka. En la leyenda "*Los tres príncipes de Serendip*", los protagonistas efectúan constantemente descubrimientos, por accidente y sagacidad, de cosas que no estaban buscando.

⁵ En general, la palabra "*internet*", de asociarse a un género, es masculina, lo cual me parece una inconsistencia, porque una *red* es femenina.